Frente a las montañas

Facing the mountains

La mañana amaneció fría. Por la noche, en las altas cumbres, habían caído las primeras nieves y la naturaleza se encontraba como expectante. Ni un canto de pájaro se oía, el viento no acariciaba, era mediado de septiembre, las lluvias aún no habían aparecido y ni en el cielo ni en el nuevo día, se veían nubes.

Caminando por la orilla de río, se le vio a él. Solo, pisando despacio la senda, mirando melancólico a los árboles y plantas que iba encontrando y sintiendo en su corazón la angustia. Iba descubriendo que algunos árboles estaban secos, el pasto crujía al pisarlo, la soledad era inmensa y el pensamiento de los que conocía, era doloroso. De aquí que se sintiera desterrado y despegado de la ciudad y personas. Como aislado en una pequeña parcela al margen de ellos y de la civilización humana.

Apareció a su izquierda, entre el río y la senda, la vieja casa. Vio que el tejado ya lo tenía hundido, las paredes, a un lado y otro, rotas y las ventanas y puertas por completo arrancadas. Como si el tiempo la hubiera sujetado entre sus dientes y la fuera devorando poco a poco. Miró despacio durante un rato y luego se fue para la noguera. La vieja, ampulosa y rechoncha noguera llena de años, herida por el tiempo y el abandono y cargada, muy cargada de vivencias, recuerdos, algarabías de niños y revoloteos de mirlos.

Al acercarse, un arrendajo alzó vuelo y se alejó gritando. Por el suelo descubrió algunas nueces y en las ramas vio más. De su bolsillo sacó una pequeña bolsa de tela que siempre llevaba con él y comenzó a llenarla con estos frutos. Mientras lo hacía, a su mente acudían los recuerdos de ellos y el momento más aun se le llenaba de tristeza.

Todos ya habían muerto y desaparecido hacía mucho, mucho tiempo. Llevándose con ellos y con el tiempo, la luz y vida de estos lugares, ríos y manantiales. Por eso los colores y soledad de la hermosa mañana de septiembre, le dolía tanto al sentirla y sentirlos íntimos, lejanos y misteriosos. Como si todo ahora y en este momento, se estuviera preparando y poco a poco lo abrazara para llevárselo a donde intuía la belleza y consuelo que en este mundo no tenía.

Dejó de recoger nueces, sujetó la blanca talega de tela entre sus manos, echó una nueva mirada a la ruinosa casa y siguió. No tardó en llegar a la pista de tierra que discurría pegada al río. Vio ahora las dos o tres casas blancas entre los chopos y descubrió, en el lado de la montaña, la gran roca gris frente al arroyo. Cerca de esta gran roca, buscó una piedra, se sentó en ella, puso a un lado la bolsa con las nueces, sacó del bolsillo papel y lápiz y se puso a escribir. Reflexionando, lentamente y con calma porque necesitaba contarse lo que le dolía, los recuerdos, el lugar y el momento.

Pero al poco, sintió hablar. De las blancas casas no lejos del río, dos personas salieron, una algo mayor, la madre y la hija de unos doce años, se vinieron hacia él y oyó que la pequeña decía:
- ¿Ves mamá? Este es el hombre del que te hablé el otro día, recorre las montañas y escribe cosas. Quiero saludarle y preguntarle.
Y al llegar, las dos frente a él, se pararon. Como si lo conociera de siempre, la pequeña le preguntó:
- ¿Cuántos libros tiene ya escritos de estos lugares?
- Muchos.
- ¿Y aún te quedan cosas por contar?
- Las montañas, los ríos y manantiales, los bosques, las aves, el cielo, las lluvias y el viento, contienen y son tantos libros, que nunca, nunca llegará nadie al final.
- ¿Y esta talega con las nueces?

Sin más, él cogió la talega, se la largó a la pequeña, las despidió cortésmente y se alejó. Caminó despacio como de regreso y cuando llegó a donde las montañas parecían nacer, se paró. Miró durante largo rato, rezó al cielo y se dijo: "Escribiré mi último libro. Despacio para gustar y contar lo más exacto posible, las cosas. Quiero que sea los latidos mismos de mi corazón, el de ellos y nuestro dolor y gozo. Y llamaré a este libro con el título de 'Canto a las montañas'

Las montañas son el eslabón que une el alma de las personas con el corazón mismo del Universo, de la eternidad, de Dios. Las montañas hablan, gritan, reflejan la belleza más fina y limpia que existe en este suelo. Y enseñan más que todos los libros y filosofías salidas de las mentes de las personas. Son la biblioteca más grande, la mejor ordenada y donde están contenidas todas las ciencias descubiertas y aún por descubrir. La paz, el gozo, los colores, las más bellas poesías, los cuadros más singulares, la música más hermosa, los silencios, lejanías y misterios, están presentes y palpitan en todas las montañas del mundo, en sus bosques, ríos, fuentes, sombras y aromas. Las montañas son el hito y el camino hacia el mundo más hermoso que jamás haya podido concebir mente humana".